

lealtad. Con razon murmuraban los romanos mismos la lentitud y apatía de un senado que malgastaba en embajadas y discursos el tiempo que hubiera debido emplear en enviar socorros. *Dum Romæ ccnsulitur, Saguntum espugnatur*, se decia en Roma, y el dicho se hizo proverbial.

Ocupa hoy el lugar de la heróica y famosa Sagunto la ciudad de Murviedro en la provincia de Valencia, donde todavía se conservan restos y vestigios preciosos de su antigua grandezâ; la historia conservará perpetuamente la memoria de su heroismo.

CAPITULO IV.

ANIBAL EN ITALIA: LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA.

De 219 antes de J. C. á 211.

Declaracion de guerra entre Roma y Cartago.—Prodigiosa marcha de Anibal.—Los Picineos.—Los Alpes.—Sorpresa de Roma.—Combates y triunfos de Anibal.—En el Tesino.—En Trebia.—En Trasimeno.—En Cannas.—Susto y terror de Roma.—Anibal en Capua.—Venida de Cneo Escipion á España.—Bate al cartaginés Hannon y le derrota.—Venida del cónsul romano Publio Escipion, hermano de Cneo.—Casi todos los pueblos de España se declaran por los romanos.—Los Escipiones se apoderan de Sagunto.—Angustiosa situacion de los cartagineses.—Se recobran y vencen en dos grandes batallas.—Masinisa.—Mueren los dos Escipiones.—Congoja de los romanos.—Arrojo y heroicidad de Lucio Marcio.—Hace cambiar de nuevo la suerte de las armas.—Claudio Neron en España.

Hondo disgusto y emocion profunda causó en Roma la noticia de la destruccion de Sagunto, que llegó al mismo tiempo que sus embajadores regresaban de Cartago. Figurábase ya ver al intrépido africano franqueando los Alpes, y aun se le representaban á las puertas de la soberbia ciudad. Conocieron entonces de cuánto era capaz el jóven capitán cartaginés. Lo que al senado inspiró terror, produjo indignacion en

los ciudadanos: acusábanle estos de haber sacrificado por su indolencia y flojedad una ciudad aliada y de haber comprometido el buen nombre de la república: difícilmente podía el senado justificarse de estos cargos. Era ya la guerra una necesidad; la guerra estaba en el sentimiento público, y pueblo y senado unánimemente la resolvieron.

Todavía sin embargo envió Roma nueva embajada al senado cartaginés para preguntar si la destrucción de Sagunto había sido obra de Anibal solo, ó si había obrado con acuerdo y de mandato de la república. Extraña insistencia, que solo puede comprenderse por el estudio y conato de Roma en hacer mas y mas patente á los ojos del mundo la justicia y fundamento de la guerra que iba á emprender. La respuesta no fué ni mas explícita ni mas satisfactoria que las anteriores. Entonces uno de los cinco enviados romanos, y á lo que parece el principal entre ellos, Quinto Fabio Máximo, plegando la halda de su toga y estendiendo el brazo, «Senadores, les dijo, aqui os traigo la paz y la guerra; escoged.—Elige tú mismo, le respondieron á una voz.—Pues bien, elijo la guerra, contestó soltando el manto.—La aceptamos, exclamaron todos.» La segunda guerra púnica entre Roma y Cartago quedó declarada.

Vinieron entonces á España aquellos mismos embajadores romanos al propósito de negociar alianzas con los naturales del país, y remontando por la ribera

del Ebro, fácilmente se grangearon la amistad de los bargusios, pueblos cercanos á los ilergetes, que disgustados de la dominación cartaginesa deseaban cambiar y mejorar de fortuna. Otras pequeñas poblaciones y tribus de las márgenes del Ebro abrazaron á ejemplo de los de Bargusia el partido de Roma. No así los volcios, que con desdeñosa mofa: «Id, les dijeron, id á buscar aliados allá donde la suerte de los saguntinos sea ignorada. Las ruinas de aquella desgraciada ciudad son para todos los pueblos de España una lección saludable, que les enseña lo que se puede confiar del senado y del pueblo romano (1).» Dura y áspera respuesta, pero hartamente merecida, y en bocas rústicas admirable. Iguales ó parecidas contestaciones recibieron de otros pueblos de España. Disgustados de este desabrimiento los senadores, dejaron la Península, y partiéronse á la Galia Narbonense, donde en vano solicitaron también de aquellas gentes la declaración de negar á Anibal el paso por sus tierras, si por acaso, como temían, se dirigiese por allí á Italia. Limitáronse los galos prudentemente á guardar neutralidad, sin dejar por eso de aparejarse en armas, y estar preparados para lo que acontecer pudiese; con lo que mas y mas desazonados aquellos negociadores tuvieron por bien regresar á Roma por Marsella.

(1) Polib. lib. III.

Anibal, retirado á cuarteles de invierno en Cartagena despues de la toma de Sagunto, habia concedido licencias temporales á sus tropas, con la órden de que se hallasen de nuevo reunidas en aquella ciudad en la primavera inmediata. Admirable organizacion de los ejércitos de aquel tiempo, en que siendo el sérvicio de las armas un contrato voluntario entre los soldados y los gefes, la religion del juramento era la que mantenía la disciplina. Aprovechó él mismo aquel descanso para ir á dar gracias á los dioses en el templo de Hércules de Cádiz, y ofrecerles nuevos sacrificios y votos para que le asistiesen propicios en la grande empresa que meditaba.

Hecho esto y llegada la primavera, reunidas otra vez en Cartagena sus tropas, enviados á Africa sobre quince mil españoles para que guarnecieran á Cartago, y traídos de allí casi otros tantos africanos para la defensa de España que encomendó á su hermano Asdrubal, dejándole además cincuenta galeras que poder oponer á las fuerzas marítimas de los romanos, recogidos los rehenes de las ciudades confederadas en el castillo de Sagunto que confió al cartaginés Bostar, púsose en marcha á la cabeza de noventa mil peones, doce mil caballos y cuarenta elefantés. Franquea el Ebro con aquel formidable ejército compuesto de soldados de diferentes naciones: sujeta de paso á los ilergetes, á los bargusios, á los ausetanos y lacetanos: deja al cargo de Hannon la defensa de los países

situados entre el Ebro y los Pirineos con un cuerpo de once mil hombres, entrega á Andubal, rico español con quien habia hecho amistad, los bagages del ejército, y metióse por las asperezas de aquellos montes. Supo allí que tres mil carpetanos, disgustados de verse llevar á tierras tan lejanas, habian abandonado sus banderas, y lejos de mostrar desazon por ello, licenció espontáneamente á otros siete mil españoles que conoció le seguian de mal grado, con cuyo ardid hizo entender que habia licenciado también á los primeros. Singular y astuta táctica la de aquel caudillo. Pasa pues los Pirineos, sujeta ó tranquiliza los galos de la vertiente septentrional, y campa á orillas del Ródano.

Verifica luego el paso de este rio, y se dispone á salvar los Alpes cubiertos de nieve (octubre de 218 A. de J. C.) Empresa espantosa, y hasta entonces sin ejemplo. Pero ni las nieves le acobardan, ni las inmensas rocas le asustan, ni le arredran los precipicios, ni le detienen las emboscadas que á cada paso le armañ aquellos montañeses. De todo triunfa y todo lo arrolla, y todos le siguen; porque el dios de su patria (ha dicho) se le ha aparecido en su eños y le ha prometido la victoria, y trazádole las roscas de una serpiente el sendero que debe seguir. Remonta la cumbre de los Alpes, y enseña con alegría á los soldados las fértiles llanuras del Pó, y les señala el punto donde debe hallarse Roma. Desciende aquellos terri-

bles desfiladeros, entra en el país de los taurinos, y baja hácia el Pó. Es la marcha mas atrevida de que nos da noticia la historia militar de la antigüedad. Anibal no la habia hecho impunemente: del grande ejército que habia sacado de Cartagena solo le quedaban veinte mil infantes y seis mil caballos (1). Pero eran soldados á prueba ya de fatigas y de intemperies, que lejos ademas de su patria necesitaban vencer ó morir: fiaban en la esperiencia y el valor de su general; este contaba tambien con las buenas disposiciones de los galos en su favor; y por último Anibal estaba en Italia, y veia cumplidos sus sueños dorados.

Roma no habia podido imaginar ni tanta audacia ni tanta rapidez. Creíale todavía en España. Asombrado se quedó el cónsul Escipion cuando supo que los cartagineses habian atravesado el Ródano. El primer pensamiento de Roma al declarar la guerra habia sido mandar un ejército á España al mando de Publio Escipion, otro á Africa y Sicilia al de Sempronio, y otro á la Galia Cisalpina al del pretor Manlio. Mas informado Escipion de la marcha de Anibal, y no habiéndole alcanzado ya en el Ródano, retrocedió á defender la Italia, y dividiendo su ejército y enviando la mayor parte de él á España al mando de su hermano Cneo Escipion, pasó á esperar á Anibal al pie de los Alpes. Encontráronse en el Tesino. Dióse un combate,

(1) Polib. ibid.

en que quedaron derrotados los romanos y herido Escipion, que hubo de abrigarse en los muros de Placencia.

Llamaron los romanos á Sempronio, que en Sicilia acababa de causar grandes descalabros á los cartagineses. No tardó en hallarse Sempronio á presencia de Anibal á las márgenes del Trébia. Con la arrogancia del vencedor presentó Sempronio la batalla. Pronto hubo de arrepentirse de su imprudencia. Desbaratóle Anibal con pérdida de treinta mil combatientes. Tan señalado desastre produjo un terror pánico en los romanos, y movió una sublevacion general en la Galia Cisalpina. No vacilaron ya los galos en ponerse del lado de los cartagineses, y hallóse Anibal otra vez á la cabeza de noventa mil guerreros.

Dirígese despues hácia Arecio por el camino menos frecuentado. Vuelve á encontrar á los romanos; atrae al cónsul Flaminio (no menos presuntuoso que su predecesor) á una posicion desventajosa; fuérsale á aceptar la batalla, y un nuevo ejército romano es derrotado á orillas del lago Trasimeno (año 217).

La noticia de este tercer desastre difundió el espanto en Roma. Creció el terror cuando el pretor Pomponio dijo á la asamblea del pueblo: «Romanos, hemos sido vencidos en un gran combate.» Acudieron entonces al remedio usado en los trances apretados y estremos, y fué nombrado dictador Quinto Fabio Máximo, llamado luego el *escudo de Roma*. Nombró

éste por general de la caballería á Quinto Rufo Minucio. Fueron consultados los libros de las Sibilas, y se votó una primavera sagrada. Era Fabio un general en todo diferente de Sempronio y Flaminio. Astuto, prudente y circunspecto, sin perder de vista á Anibal manteníase siempre á una conveniente distancia: nunca éste le pudo obligar á combatir. Murmurábanle las tropas y le llamaban el *contemporizador*, el pedagogo de Anibal. Solo el cartaginés sabia apreciar en su verdadero valor aquel sistema militar. Logró una vez Fabio estrechar á Anibal cerca de Casilino en la Campania. Pero el sagáz africano, recordando la estratagema que en otra ocasion habian empleado con su padre los celtiberos, soltó en direccion de los romanos dos mil bueyes con sarmientos encendidos sobre las astas, y á favor del desórden que espacion en las filas enemigas logró salvar el desfiladero.

Gran descontento causó en Roma esta noticia. Dióse á Minucio iguales poderes que á Fabio: atacó aquel con sus tropas á Anibal: cercóle éste por todas partes, y le escarmentó: el temerario Minucio hubiera perecido sin la llegada de Fabio. Sin embargo dimitió su dictadura. Los cónsules que le sucedieron adoptaron el mismo sistema de temporizacion, hasta rajar ya en negligencia. Pero cansado el pueblo de tantas dilaciones, y persuadido de que los nobles prolongaban con deliberada intencion la guerra, quiso tener un cónsul verdaderamente plebeyo, y nombró

á Varron ⁽¹⁾, que blasonaba de que le bastaba un dia para ver al enemigo y vencerle. Fuéle asociado el patricio Paulo Emilio, amigo y discípulo de Fabio Máximo. Tan presuntuoso Varron como Sempronio y como Flaminio, y mas confiado que ellos, acampó cerca de Anibal á las márgenes del Aufido, cerca de Cannas. Sordo á los consejos de su colega, empeñóse en combatir á todo trance. Por desgracia de Roma tocábale aquel dia el mando á Varron (que era costumbre alternar en él diariamente los cónsules), y desplegó arrogantemente delante de su tienda el manto de púrpura, señal de la batalla. Regocijóse grandemente Anibal y la aceptó.

Dejemos á los historiadores romanos la sentida descripcion de la memorable batalla de Cannas, que inmortalizó á Anibal, que le señaló al mundo como el mejor capitan de los tiempos antiguos, y que llenó de luto y de estupor á Roma. Diez y seis legiones, que componian ochenta mil infantes y siete mil caballos, habian presentado los romanos al combate. Acrecia sus filas la flor de los caballeros romanos. Menos de la mitad eran en aquella sazón los de Anibal. Peleaban con él los galos con sus largas espadas, los españoles con sus cortos y aguzados sables, los terribles honderos mallorquines y la feroz caballería numida. Cebáronse unos y otros en la matanza y cansáronse sus

(1) Era Terencio Varrón hijo de un carnicero.

brazos de acuchillar enemigos. Mas de cincuenta mil romanos quedaron tendidos en la arena; prisioneros de diez á doce mil. Acribillado de heridas cayó el valeroso Paulo Emilio, que exhaló su grande alma enviando á decir á Roma que cuidára de su propia defensa. Perecieron multitud de senadores, de tribunos, de generales y de caballeros. Tres modios y medio de anillos arrancados á los cadáveres fueron deramados en el vestíbulo del senado de Cartago (216).

Vistió Roma de luto. La abandonó la Italia Meridional y ofreció su alianza á Anibal: hicieron otro tanto el Abruzzo, la Lucania y varios otros países. Anibal marchó adelante, y enarboló la bandera de Cartago en una colina desde donde se divisaba la ciudad eterna. Roma temblaba, y temblaba con razón, porque rugia demasiado cerca el terrible leon numida. Pero alejóse Anibal, y fué á establecer sus cuarteles de invierno en Capua. Entonces fué cuando le dijo Maharbal aquellas célebres palabras que tanto despues se han repetido: *Sabes vencer, Anibal, pero no sabes aprovecharte de la victoria*. No discutiremos nosotros si obró ó no prudentemente en no acometer á Roma. Dejémosle gozar las *delicias de Capua*, que tanta celebridad adquirieron en la historia y que tan fatales fueron á su estrella, y veamos lo que en España durante su famosa espedicion acaecia.

Muy diverso rumbo llevaban y con mas próspero viento corrían las cosas en España para los romanos

del que allá en Italia les soplabá. Arribado que hubo Cneo Escipion, el hermano de Publio, á Ampurias, primer pueblo español en que penetraron las águilas romanas, procuró atraer á sus banderas á los naturales, que descontentos de los cartagineses, sin gran dificultad aceptaron la alianza de un hombre que se presentaba, no como conquistador, sino como reparador del agravio hecho á los saguntinos. Tal era la política de Roma. Así dominó pronto toda la costa oriental desde los Pirineos hasta el Ebro (218). Pero necesitaba el romano adquirir el prestigio de vencedor y adornarse con la aureola del triunfo. Proporciónóselo Hannon, á quien vimos habia encomendado Anibal la defensa de esta parte de España, con una batalla en que sucumbieron cinco ó seis mil cartagineses, quedando prisionero él mismo, y cayendo ademas en poder de los romanos los bagages que Anibal al pasar á las Galias dijimos habia dejado confiados al español Andubal. De buen agüero fué para los supersticiosos romanos el resultado del primer combate que se daba en España entre las armas de las dos repúblicas.

No fué mas venturoso Asdrubal en una espedicion marítima que para vengar el desastre de Hannon emprendió la primavera siguiente. Cuarenta naves cartaginesas habian salido de Cartagena á las órdenes de Himilcon, mientras Asdrubal con el ejército marchaba por tierra costeando en la propia direccion